

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
En provincias. Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso III, el Magno. — Á la Gloria (poesía). — La media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación). — María: balada. — Revista de modas. — Explicación del figurín.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALONSO III, EL MAGNO.

Á la muerte del monarca D. Ordoño I, acaecida en Oviedo á 6 de las kalendas de junio, era 609, según la inscripción de su sepulcro, ocupó el trono asturiano su hijo D. Alonso, elegido y proclamado sucesor en vida de su padre por la voluntad de sus vasallos, pues la corona era electiva, y no hereditaria, como equivocadamente asegura Mariana.

Catorce años de edad contaba solo el nuevo monarca cuando empuñó las riendas del gobierno, llegando á granjearse el sobrenombre de *Magno*, con

que se le conoce en la historia, tanto por su valor y su fortuna en las lides, como por su fe religiosa, su liberalidad, su prudencia y su sabiduría.

Su elevación al solio, aunque acogida con júbilo y entusiasmo por la mayoría de sus vasallos, no dejó de producir alteraciones y borrascas que turbaron por algún tiempo la faz de la monarquía.

El conde de Galicia, D. Fruela, á quien Mariana hace pasar equivocadamente por hijo del Rey don Bermudo, soberbio y confiado en sus numerosos parciales y en sus riquezas, creyó fácil arrancar el manto de armiño de los débiles hombros de aquel Rey tan jóven; así que, levantando un gran ejército, vino sobre Oviedo, y escaló el trono, obligando al verdadero monarca, que carecía de medios para resistirle, á refugiarse, seguido de algunos nobles leales, á tierra de Castilla.

Pero el usurpador gozó poco tiempo el fruto de su crimen.

Instalado en el solio, empezó, en vez de dirigir sus esfuerzos al bienestar de sus vasallos, á entregarse á todo género de escesos, abrumando á los pueblos con impuestos, y cometiendo tales desórdenes y atropellos, que exasperando los ánimos hizo brillar

en la mano irritada de los ovetenses el acero que le arrancó la corona con la vida.

¡Justo castigo de su accion usurpadora y maldita! Con la caída del tirano, D. Alonso tornó á ocupar la egregia silla entre las aclamaciones de júbilo de sus pueblos; y así como en la naturaleza después que la tormenta apaga su voz poderosa parece que todo sonríe con nueva animacion, con mas vida, así en la monarquía cristiana la felicidad y la dicha rodearon al jóven Rey, dándole ocasion para entregarse al arreglo de los asuntos interiores.

El P. Mariana supone que después de ocurridos estos sucesos, la tranquilidad fue de nuevo alterada por Zenon y Eylon, señores de Álava y Vizeaya, y que el monarca, corriendo á su encuentro desde Leon, los venció y redujo á prision en Oviedo; pero este levantamiento y esta victoria del Rey *Magno* es, á nuestro entender, fabulosa, pues ninguno de los escritores de aquel tiempo se hacen cargo de semejantes sucesos.

Por eso nosotros, apoyados en el parecer de doctos y entendidos historiadores, creemos firmemente que la paz sonrió en la monarquía asturiana desde la caída del usurpador Fruela, hasta que Mahomet, Rey de Córdoba, rompió con dos numerosos ejércitos, al mando de sus célebres capitanes Albucacem y Almandarí, por las fronteras cristianas, sembrando la desolacion y el luto en las comarcas de Castilla y Leon.

D. Alonso corrió entonces con la celeridad del rayo contra Albucacem, y después de derrotarle en una reñida y porfiada batalla cerca de Leon, revolvió en busca de Almandarí, quien, sabedor de la desgraciada suerte de su compañero, huyó con los suyos, no queriendo medir sus armas con las del Rey cristiano.

Pero este, no satisfecho, le siguió el alcance, y después de apoderarse de muchas plazas, arrojó á los sectarios del Corán de toda la tierra de Campos.

Terminada esta correría, y deseando D. Alonso dedicarse esclusivamente á la guerra con los infieles, sin que ningun cuidado llamase su atencion en el interior del reino, cedió la Navarra, sujeta á su corona, á D. Sancho Íñigo, conde de Bigorra, pariente de los monarcas de Francia, evitándose de este modo

los continuos sacrificios y disgustos que le ocasionaba el espíritu turbulento y rebelde de sus naturales, quienes, con sus revueltas y sublevaciones, le hacian emplear en sosegarlos gran parte de sus huestes.

Con semejante cesion se hizo aliado de la Casa de Francia, tomando al propio tiempo en matrimonio á doña Jimena, señora de aquella familia, y de la cual tuvo, andando el tiempo, á sus cuatro hijos, D. García, D. Ordoño, D. Fruela y D. Gonzalo.

Á los pocos dias de sus bodas, el Rey Magno empuñó de nuevo la pica, y seguido de sus aliados los franceses, navarros y vizcainos, rompió por tierra de infieles, talando campos y destruyendo pueblos, operacion que volvió á repetir al año siguiente por la parte de Portugal, en donde tomó y destruyó á Coimbra, tornando á su corte cargado de laureles y de despojos.

Pero no eran los árabes tan sufridos ni se veian tan escasos de fuerzas que fuesen á dejar impunes los atentados de los cristianos; así que, no bien se habia D. Alonso despojado del arnés del combate para entregarse á las delicias del triunfo, cuando la gente de Toledo rompió por sus fronteras con la impetuosidad del huracan, sin que nada pudiera impedir su llegada hasta el Duero.

Pero estaba escrito sin duda que cada provocacion hecha al Rey cristiano fuera una nueva corona para sus sienes, y en Pulveraria, junto al rio Orbigo, D. Alonso, infatigable, cayó sobre los toledanos, derrotándolos con pérdida de doce mil de ellos; y haciendo sufrir igual suerte á un cuerpo de cordobeses que venia en su ayuda, les obligó á pedirle treguas por término de tres años.

Terminado este plazo, y después que D. Alonso talando de nuevo las tierras de infieles regresó á su corte cargado de despojos, conseguidos con la punta de su lanza en Mérida y en las floridas riberas del Tajo, asegura Mariana que su hermano D. Fruela trató de arrancarle la vida, y que, descubierta la trama, el Rey hizo que se privase de la vista al culpable y á sus tres hermanos, Nuño, Bermudo y Odoario, encerrándoles en una prision.

Este suceso es completamente fabuloso, y parece imposible que una persona tan erudita é ilustrada

como el historiador mencionado, á quien no se le debió ocultar que D. Bermudo no tuvo mas hijos que D. Alonso, la tome tan por lo serio, refiriendo con tanta minuciosidad cuanto en aquel suceso aconteció.

El Cronicon de Albelda, escrito en aquella época, no hace mencion alguna de semejante trama, y Sampiro, de quien indudablemente lo tomó Mariana, no la da mas fundamento que las hablillas del pueblo.

Con tan señalados triunfos, D. Alonso logró tener por algun tiempo á raya la audacia de los árabes, que miraban con terror á aquel monarca á quien nunca pudieron vencer, y que contaba tantas victorias como batallas libró con ellos.

Pero la supersticion y el fanatismo, arraigados en el alma de los hijos del Desierto, los llevaron de nuevo, el año 881, á provocar al monarca cristiano.

Hallábase Mahomad orando en la mezquita, cuando un rayo que penetró por la cúpula arrancó la vida á dos de sus walies que estaban con él, y en la ciudad se dejó sentir un temblor de tierra que ocasionó daños y destrozos en muchos edificios.

Estos incidentes casuales tomaron al monarca árabe por anuncios de la cólera del Profeta que le reprendia por su inaccion, y resuelto á todo, se puso de acuerdo con Abdalá, el cual, olvidando los favores que recibiera de D. Alonso, en ocasion que huyendo de Toledo se acogió á su amparo, accedió á los deseos del cordobés, y al frente de un ejército repasó las fronteras cristianas, haciendo grandes talas y daños inmensos.

Cillorico y Pancorvo fueron testigos de su derrota; nuevos laureles ornaron la frente del monarca asturiano, y tanto este ejército como otros mandados por Almundar y Abuhalit, dieron la vuelta á Córdoba, sin mas ventajas que los despojos de alguno que otro pueblecillo y el haber destruido el célebre monasterio de Sahagun.

Peor suerte que á los ejércitos de tierra cupo á una formidable y numerosa armada que, partiendo de Córdoba y Sevilla, acometió las riberas de Galicia.

Un fuerte temporal descargó sobre ella, destruyéndola y echando á pique la mayor parte de las naves, logrando salvarse á duras penas el general Abdelhamit, que la mandaba.

Todas estas desgracias hicieron á los árabes desis-

tir de sus propósitos y asentar treguas con D. Alonso por seis años, entregándole los cuerpos de los mártires Eulogio y Leocricia, que se hallaban en Córdoba y que se trasladaron á Oviedo de orden del Rey Magno.

Á pesar de tan señaladas acciones y de que el estruendo de las armas dejó muy poco de oírse durante todo el reinado de D. Alonso, no desatendió el noble monarca en manera alguna los asuntos de la Iglesia; antes por el contrario, fueron una de sus mas predilectas atenciones.

Así es que aumentó el culto divino, edificó de nuevo la iglesia de Santiago, empleando en su construccion mármoles y jaspes, pues solo de tapiería la levantó el Rey Casto.

Convocó en Oviedo los Obispos de todo el reino y allí celebró Concilio, en el cual se reformaron las costumbres, se arregló la disciplina eclesiástica y se dictaron sabias y provechosas medidas para el mayor brillo de la Religion.

Ademas de esto, reedificó el monasterio de Sahagun y las ciudades de Sublanza, Cea, Braga, Portu-Viseo, Chaves, Oca, Zamora, Toro y el castillo de Gauzon, gastando en tan colosales empresas tanto dinero, que, agotados los tesoros reales, no tuvo otro remedio que exigir á sus vasallos nuevos pechos y derramas.

Estas exacciones fueron mal recibidas por los pueblos, que clamaron descontentos de la liberalidad del monarca.

Aprovechando esta ocasion su hijo mayor don García, que sin saber por qué se encontraba disgustado con su padre, tomó las armas y alzó el estandarte de la rebelion, seguido de algunos descontentos.

D. Alonso, á pesar del dolor que le causaba aquella accion, corrió en su busca, y prendiéndole en Zamora, le encerró en el castillon de Gauzon, creyendo poner término de este modo á tan desagradable accidente. Pero el anciano monarca se engañaba: los hombres y los pueblos traen al mundo una mision que cumplir, y cuando terminan su encargo desaparecen aniquilados por la mano del destino.

D. Alonso habia terminado ya la suya; el reloj del tiempo marcaba ya su caida, y era inútil querer luchar contra los decretos del destino.

Preso D. García, su suegro, el conde de Castilla, Nuño Hernandez, ayudado de los demás hijos del Rey, y seguido de muchos parciales, se levantó en su defensa.

La guerra civil, ese monstruo que consume las naciones, haciendo que el padre levante el acero contra la frente del hijo, y que la lanza del hermano rompa el pecho del hermano, tendió por espacio de dos años su manto de sangre y horrores sobre la monarquía asturiana.

D. Alonso comprendió que el edificio de la reconquista, levantado con los esfuerzos y la sangre de muchas generaciones, se desmoronaba piedra por piedra con aquella sangrienta guerra, ventajosa solo para los enemigos del nombre cristiano; y atento siempre al bien comun antes que al logro de sus deseos, hizo en aras de la patria el sacrificio de su dignidad, abdicando su corona en su rebelde hijo don García; apagando con tan noble y generosa acción la tea de la discordia que amenazaba convertir en un montón de cenizas la monarquía de D. Pelayo.

Después de este acontecimiento, el esclarecido monarca se vistió el hábito de penitente, acudiendo á Santiago de Compostela en romería, y desde allí, conociendo que la losa sombría del sepulcro tardaría bien poco en cubrir su anciano y debilitado cuerpo, pidió vena á su hijo para hacer su última campaña contra los árabes, y, concedida que le fue, rompió por las fronteras infieles, acabando sus días en Zamora, á los sesenta y tres años de edad y cuarenta y nueve de reinado, después de haber conseguido otra nueva corona con que ornar su encanecida cabeza.

Así terminó su vida aquel noble, magnánimo y generoso Rey, esforzado como el que mas, protector de las letras y de las artes, y autor de una crónica que ha llegado hasta nuestros días, que comprende desde el reinado de Recesvinto hasta el de D. Ordoño I.

Su cadáver y el de su esposa Jimena fueron trasladados á Oviedo, desde Astorga, donde se habían sepultado.

JULIAN CASTELLANOS.

Insertamos con gusto la siguiente composición de una poetisa novel que apenas ha cumplido diez y siete años, y ya demuestra las mejores disposiciones para el divino arte:

À LA GLORIA.

¡Gloria! noble ambición, dulce esperanza,
que al pobre anima, y al cobarde alienta,
y al rico exalta, y al valiente guía!

¡Gloria! nombre inmortal! dulce alabanza
que hizo siempre entonar al mundo entero
mil himnos de entusiasmo y alegría.

Tú al ínclito guerrero

llevaste hasta la lid: tú le guiaste,
la fuerza y el valor diste á su brazo,
y si logró vencer, fue porque siempre
tú con dulce esperanza le animaste.

Vele ya vencedor, ciñe sus sienes
con tu inmortal corona,

y ante el mundo preséntale glorioso.

Dile, "yo le animé, y él victorioso
logró salir al fin, porque esperaba
ver lleno con su nombre
un hueco en el gran libro de la historia,
porque en su pecho solo sustentaba
la mas noble ambición; la de la gloria."

Tú al poeta inspiraste,

tú le hiciste entonar bellas canciones,
él puso en ti su fe, tú le premiaste,
con el premio mejor que ambicionara.

Escúchale cantar: á ti dirige

de su sonora lira acordes sonos,

á ti mil gracias da, y en ti pensando,
dice, su gozo y gratitud mostrando:

"¡Oh tú, númen escelso,

á quien la santa inspiración yo debo!

¡Oh tú, gloria inmortal, diosa divina,

que en mi pecho alentaste la esperanza;
fuente de do naciera

todo el bien que en el mundo poseyera!

Yo mil gracias te doy; y si mis trovas

te dignas escuchar, señora, sabe,

que en amor hacia ti se arde mi pecho;
que tú eres mi ilusión, que en mí no cabe
otro amor que hacia ti; que yo desecho
del mundo entero la riqueza pobre;
sabe que solo aspiro
á alcanzar mayor bien, mayor renombre;
que solamente quiero
que en tiempo venidero,
de mencionarse digno sea mi nombre."

¡Gloria! fuente perenne de ventura,
por quien tantos sus vidas espusieron,
y otros tantos riquezas despreciaron.
Tú que supiste darles
el digno galardón que merecieron;
tú á quien siempre aclamaron
de grandes almas las unidas voces,
tú que estas mismas voces escuchaste,
oye otra vez y ciento
y afable acoge su plegaria santa;
su pecho anima, y en su centro vierte
de la digna ambición mayor deseo;
haz que mas cada vez y mas se inflame,
y entusiasta por ti en gozo ferviente
por su madre, por su ídolo te aclame.
Vuelve á animarle mas: cubre su frente
con la honra mas preciosa,
premia su afán y sus trabajos premia
cual merece su ingenio,
y otorga bondadosa
laureles al valor, corona al genio.
Verás cómo en su seno
hierve hacia ti la gratitud mas grande;
verásle cómo lleno
de noble dignidad á ti se eleva,
justamente engreído
al ver en su favor tan gran victoria;
y henchido del orgullo verdadero,
le dice al mundo entero:
"Yo un nombre ambicioné y honor soñaba,
y honor y nombre me otorgó la Gloria."

ELVIRA SOLÍS GREPPI.

Enero 1864.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

No hay diversion posible si no se dan estrepitosas carcajadas; es preciso despertar la hilaridad de algun modo; echar lágrimas como puños, de risa; hacer contorsiones con el cuerpo, como si nos fuésemos á caer de alegría, desfigurar el rostro con movimientos de exagerado placer y convertirnos en una completa caroca, si hemos de pagar cumplidamente el convite á los dueños de la casa; para eso nos prefirieron á los demas amigos; para eso tenemos allí un cubierto, que no admite duelo, ni pena, ni gravedad, ni disgusto.

El que desee estar serio, quédese en casa, que á nadie interesan penas propias ni sentimientos que no comprende.

Y si no, vamos á ver; ¡cuántos amigos tiene un hombre de carácter triste! Algun hipocondríaco como él, ó alguno que haya sufrido penas horribles ó le quiera por dolorosa simpatía; pero el hombre gracioso, el fecundo gacetillero de historias privadas, el polichinela de los Campos Eliseos, el arlequin de los juegos ecuestres, el escamoteador de secretos y rencillas, ese cartel de ennegrecida esquina, ese risueño vampiro que chupa la fe social en cafés, en tertulias, en toda clase de sociedades; se ve rodeado de multitud de amigos que dicen con sus ojos «haznos reir.»

Nos duele ver que no se distinga el hombre verdaderamente gracioso, despejado, fino, tratable, risueño, complaciente, de ese irrisible Juan de las Viñas, de ese Judas sin freno ni temor, que vende el secreto del mejor amigo por arrancar una risa á los indiferentes.

Si la gracia es un segundo don de la criatura, en lo que todos convenimos, y de la cual nos enamoramos aun mas que de las perfecciones físicas; distin-

(1) Véase el número anterior.

ganse los géneros y láncese de todo círculo noble y honrado el atrevido, malicioso é insolente que, careciendo de ello, se vale de chistes que rayan en la crueldad, que pervierten los corazones.

Dos seres habia en la reunion de que tramos que sabian conocer perfectamente esos tipos, que leian en ellos como en un libro abierto, y que, sin mirar apenas, revisaban los capítulos, por esa doble penetracion que Dios concede á algunas de sus criaturas.

Estas eran doña Mercedes, la viuda del brigadier L..., y la hermosa cuanto indiferente Julia.

Sin embargo, la llamaban la *mujer sin corazon*.

¿Habria muerto Julia á todo sentimiento humano? Á su edad, ¿cómo no amaba? ¿Cómo oia las palabras de admiracion que inspiraba con aquella sonrisa fria, y sin corresponder á ninguno de tantos corazones apasionados?

¿Habia renunciado ya á toda clase de goces, ó no habia tenido nunca un corazon dispuesto á sentirlos?

El lector juzgará.

Julia se habia educado en un colegio de Madrid, á espensas de una tia, que, como dice Carolina Coronado en *La Sigea*, "era una de esa raza de mujeres fecundas de alma, estériles de cuerpo, cuya produccion es un canto, una oracion, una poesía, un perfume como el de aquellas flores que no dan semilla. No pidamos á esas mujeres amor para un esposo, porque solo darán un suspiro, una lágrima, y huirán. No las pidamos un hijo, porque son madres de todos los niños que han dado á luz las demas mujeres. No las pidamos posteridad de criaturas, sino posteridad de ideas, posteridad de virtudes."

"Ser impalpable, venido al mundo solo para adorar á Dios y dar ejemplo de castidad sublime."

II.

El santuario de Julia.

El aire, por lo tanto, que habia respirado Julia, era el de esas primeras flores de primavera, que parece absorben todo el perfume de la creacion, para encerrarlo en su poderoso cáliz y esparcirlo en el bosque que le rodea, mientras ella, sencilla y retirada,

se pliega en su cáliz, sin saber que en rededor hay ortigas y jaramagos y zarzas, que el huracan acercará algun dia, hiriéndola sin piedad.

La casa de la tia de Julia parecia un santuario.

En lugar de esos cuadros franceses que como dioses de la mitología nos presentan sus formas hercúleas y sus ligeros trajes de gasa, que nada dejan que adivinar y que mas de una vez sacan los colores al rostro del que los contempla, habia magnificas molduras con hermosas estampas de la Historia Sagrada.

En una estensa galería que daba á un jardin estaban en grandes lienzos los Apóstoles, enseñando virtudes evangélicas al que paseaba por aquel delicioso sitio, hasta el cual subian los aromas de las flores que crecian al pie, mientras que las atrevidas enredaderas venian á asomar su cabeza á las grandes ventanas de cristales y á echar sus flores de un azul violeta, tan precioso como el de los cielos, para formar una especie de altar campestre frente á los discípulos de Jesus, que parecia las miraban fraternalmente.

La balsamina, celosa sin duda de esta ventaja, tambien procuraba crecer y enseñar su fruto, orgullosa de la bondad de sus efectos, y aun á veces queria dominar á su compañera, convencida de que si la otra daba graciosa vista y bonito paisaje, ella ofrecia, sin ser tan bella, un licor milagroso, capaz de dar orgullo á un santo.

Ella era la hermana de la caridad en los hospitales: ella la dulce amiga en los campos de batalla, ella el alivio de mil úlceras y heridas, donde derramaba su benéfico bálsamo, recibiendo en cambio espresivas bendiciones.

Con razon se creia reina de las plantas, y tenia en verdad derecho á afianzarse á los parrales, para distinguir mejor aquella sagrada galería donde la bella Julia pasó sus primeros años contemplando estasiada las venerables figuras de los sabios pescadores, cuyos milagros le referia á cada momento aquella santa mujer, á quien llamaba madre en lugar de tia. ¡Oh qué hermosa es la niñez entre Dios y la naturaleza!

Á otro lado de la casa estaban las habitaciones de recibir las poquimas visitas que allí concurrían.

Ya se sabé que la gente quiere mejor murmurar que rezar, y que gusta poco del aislamiento y la tranquilidad inalterable que allí se disfrutaba.

¿Quién pudiendo aturdirse y gozar quiere meditar y sentir?

¿Quién deja los placeres, la animación, el lujo, la riqueza, por ir á leer meditabundo sobre una Biblia las divinas máximas del Evangelio?

¿Quién abre y hojea un devocionario, habiendo lecturas libres con pensamientos modernos, escenas desgarradoras y tipos tan ocurrentes, que hacen con su ejemplo de un seminarista un hombre de mundo, y de una novicia inocente una elegante *dama de las Camelias*?

Esto es mejor, mucho mejor: lo bueno cualquiera lo pinta, cualquiera lo describe; pero hacer de lo malo bueno, sacar heroínas de las cloacas, mujeres espirituales del lodo, y almas sublimes de las que todos creían extraviadas, es una habilidad superior, es idealizar los seres hasta el mas dulce delirio del poeta.

Es lo mismo que despojar á los bandidos de su trabuco, quitar las manchas de sangre de sus manos, ahogar los gemidos de las víctimas que hicieron, y decirle al mundo: "Ahí tienes un hombre generoso: de ese tipo repugnante te voy á formar un héroe. Puedo tanto como Dios, pues he inoculado otra alma en ese alma; puedo aun mas todavía, pues he tenido el poder de borrar lo que fue y arrancar de esa frente la arruga del crimen; de ese rostro la marca del delito, de esa mano el puñal asesino, y de ese corazón el cinismo y la dureza.

"Y esto no creas tú que lo he hecho por medio del consejo y la razón; no lo he hecho por medio de la máxima y la doctrina. No he conquistado ese ser á fuerza de ejemplo y virtud; yo he hecho mas. Cuando este hombre se ceba con fuerza brutal en sus víctimas, mando un destello á su corazón; es decir, tengo dos tinteros para escribir, en uno hay negra tinta, en otro blanco licor de pureza, mojo indistintamente mi pluma, y así puedo pintar rasgos nobles y generosos en el que momentos antes privaba de la vida á un anciano sacerdote ó á un buen padre de familia."

Querer es poder. La fantasía bien puede dedicar grandes rasgos al hombre avezado en el crimen.

Peor es formar un magnífico palacio en el aire y ver danzar las hadas sin una nube siquiera donde apoyar el pie, y, sin embargo, el poeta que ha nacido para el delirio, lo hace con una admirable facilidad.

Pero... no divaguemos, y volvamos al santuario de Julia. En aquella hermosa sala donde hacia labor al lado de su tia, habia en lugar de figuras de china, y fanales, y floreros, muchas antiguas urnas, ya del Niño Dios con su cordero, ya del Salvador del mundo con su madero á cuestas, ya del precioso Jesus con dos lágrimas como dos perlas en el rostro infantil, y una corona de espinas anunciando su suplicio.

Acababa Julia de salir del colegio, y solo alzaba los ojos cuando su tia le decia que mirase estas escenas.

Tambien se detenía con frecuencia delante de unos cuadros de los mas grandes artistas, que habia comprado su tia á muy altos precios; pues, á mas de la belleza del asunto, habia tanta finura en aquellas tintas, tanta perfección en los contornos y tanta inspiración en los rostros y las actitudes, que, sin pecar de profanos, bien podían llamarse divinos los artistas que tal habian concebido y dibujado.

Con efecto; ¿no es una divinidad el arte? ¿No es un destello que Dios envía á sus criaturas? ¿Pudiera hacer nunca la civilización y el estudio lo que hace la inspiración y el deseo?

Cuando aun habia oscurantismo é ignorancia, ¿no salieron del seno de esa rudeza y oscuridad que el siglo de las luces deplora, genios que asombraron al mundo con sus obras? Ciento cuatro años antes del Redentor, en aquel tiempo de absurdas creencias y bárbaras costumbres, ¿no hizo Salomón en aquel alto monte el templo famoso donde trabajaron tantos obreros como ejército tuvo el mas ambicioso de los Emperadores?

¿No edificó Cain la ciudad de Enochia? ¿No inventó Jubal la música pasando noches enteras en soñar con lo que parecia un delirio, y que ha sido luego la delicia de las almas sensibles?

Y aquel Rey de Egipto llamado Sesostris, ¿no supo por su ambición de saber contar los Estados, inventar los mapas, que dieron mas tarde un Nuevo Mundo á Colón, y su grandiosa conquista á Hernán Cortés?

En 1486, antes del cristianismo, Atlas, Rey de Mauritania, ¿no inventó la esfera y fue un prodigio

de astronomía, y se hacía temer como un mago, y parecía mas bien el genio de la revelación que el hombre llamado á gobernar hombres incultos de los cuales nada podía haber aprendido sin la llama de la inteligencia superior que Dios le había concedido?

¡La pintura, ese arte sin rival ante el cual cae de rodillas el ser que sabe admirar lo grande de las creaciones, era la afición de la tierna Julia! Así es que todos los días contemplaba los cuadros que adornaban la sala, como si los viese por primera vez. Uno representaba el Bautismo de Jesús, donde se le veía de pie, un poco dobladas las rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho, el semblante humilde y los ojos inclinados al suelo, recibir el agua bendita que caía en cristalinas gotas por su hermoso y negro cabello.

Otra era la Huida á Egipto, donde el mejor de los esposos conducía á pie y casi descalzo la pequeña mula que tuvo la dicha de llevar en sus lomos las dos ricas joyas de los cielos. No sé cómo recordando esto castigan con tanta dureza este animal.

La Virgen estrechaba el Niño á su seno, mientras brillaba en su rostro una sonrisa de madre, de esas que no pueden explicarse, y que tan solo por un destello del Criador puede el artista trasladar al lienzo con ese sentimiento y propiedad tan esquisita.

El tercer cuadro contenía una historia sangrienta, y sucedía camino del Calvario.

El Señor había caído de rodillas, agobiado por los golpes y el peso de la cruz, y su rostro tenía una amargura singular, en la cual se leía no era su propio dolor el que le lastimaba, sino el pecado horrible que estaban cometiendo los hombres.

Á alguna distancia caminaba la Virgen, y en vano sería querer explicar lo que expresaba su cadavérico semblante. ¿Cómo pudo el pintor delinear aquellas facciones desencajadas, aquellas mejillas surcadas por el llanto, sin tener delante una madre á quien hubiesen crucificado su único hijo.

¡Bendita! ¡bendita sea la mano que sabe bosquejar los sentimientos sin que los diga la palabra, sin que los exprese la acción!

.....
¡Y qué contraste hacía este cuadro con otro que había de la entrada de Cristo en Jerusalén! El bu-

llicio, los vítores, las aclamaciones, el gentío, apenas dejaban andar la mula, donde respirando siempre humildad caminaba el Rey de los reyes hasta con los pies desnudos.

¿Quién había de creer que aquellas aclamaciones, aquel entusiasmo, aquella locura se trocase tan pronto en un vértigo de sangre?

Tal han sido siempre los pueblos, tal han sido siempre los hombres. ¡Á cuántos magnates poderosos les convendría estudiar esta escena! ¡Cómo moriría su presunción y envanecimiento! ¡Cómo se convencerían de la nada de su poder y su grandeza!

Hoy se agrupa el oleaje humano para elevarle al poder con los acentos de la alegría y la satisfacción, y mañana en aquel mismo sitio se lanza la acusación á su rostro, y se le vilipendia y arrastra por las calles con impiedad.

Si el hombre fue tan culpable que acusó, persiguió y crucificó en el Gólgota al Ser todo mansedumbre, pobreza y humildad, ¿qué se puede aguardar de la raza humana?

¡Pobre orgullo de los hombres, arrepíentete y sé humilde, que en este mundo de dolor nada hay estable ni duradero!

.....
"Dejad á los niños que se acerquen á mí," decía en otro cuadro: este era el que prefería Julia, porque la ternura de la niña presiente pronto la misión de la mujer.

Jesús tenía las manos puestas sobre la frente de un pequeñuelo, y llamaba á otros con una sonrisa tan dulce, con un cariño tan estremado, que aquellos inocentes venían hasta Él, lleno el corazón de alegría y el semblante de felicidad y confianza.

¡Qué frentes tan tersas y puras! ¡Qué rostros tan expansivos y generosos! ¡Qué ignorancia del pecado y la maldad! ¡Cuánta variedad de rostros y qué jubilo en todos! ¡Qué primavera tan deliciosa! ¡Qué flores tan lozanas y frescas!

Parecía imposible que aquellas rosadas carnes, aquellos ojos centellantes y vivos, aquellos cabellos rizados y todo aquel conjunto de belleza que tienen los niños, fuese mañana surcado por las arrugas y las canas, y, lo que es peor, por las penas y los dolores.

¡Qué hermoso estaba Jesús acariciándolos! ¡Qué fisonomía tan noble y llena de perfecciones!

¡Quién no adora los niños, cuando el hombre Dios los llamaba á sí, y no se desdenaba de platicar con ellos?

Al lado de tan tiernas figuras, en otro lienzo mayor que los demas, se destacaba la figura del Salvador, sediento y cansado, é implorando por favor un poco de agua á la hermosa Samaritana.

Esta parecia negársela con desden, sosteniendo el cántaro con un brazo redondo y perfecto, vuelta la cabeza hácia Jesús, como dudando de hacer aquella obra de caridad; pero como mujer, se traslucía que tras de tanta severidad aparente se encerraba el tierno corazón que cambiaria bien pronto por el agua que no queria dar, el sagrado pan de la Eucaristía. Que dejaria de ser mujer la Samaritana si no hubiese tenido mas de espiritual que de criatura pecadora.

Los rasgados ojos del Redentor se fijaban en aquella belleza, no como se hubiesen fijado los profanos, por admirar tantas perfecciones, sino queriendo ganar un alma para su gloria.

¡Cómo pintaria el artista aquellas negras pupilas para que dijeran todo un poema cristiano en lugar de una escena de interes material!

¡Qué tintas serán esas, Dios mio, que saben expresar las virtudes ó los vicios con tanta verdad y perfección!

Pero el cuadro ante el cual caia de rodillas la tierna Julia, mirando al cielo como envidiando un asiento en aquel lugar de delicias interminables, era el de la Resurrección.

Jesús, elevándose entre nubes rosadas, con su túnica flotante, su espesa cabellera suelta á la espalda, su frente tersa y pura como el mármol, sus ojos despediendo destellos de felicidad, sus perfectos y heróicos brazos sosteniendo la Cruz y la bandera que tremolaba en los aires.

Aquel conjunto de colores que el poeta no sabe transmitir, pero que el pintor de celajes retrata con maestría, era una escena de gloria que encantaba á la tierna niña.

Por donde se iba elevando el Señor todo era belleza y resplandores, formando un círculo de rayos

de sol que parecia subir por un camino de rubíes y brillantes.

Los ojos no podian resistir mucho tiempo aquel colorido, y al bajarlos al suelo se detenian en el sepulcro abierto del que acababa de resucitar glorioso para asombro del mundo y expiación de los que le crucificaron.

Allí estaban absortas las gentes viendo la tumba vacía y en los aires el que habian encerrado allí, destrozado su cuerpo, laceradas sus sienes y roto su costado.

Unos oprimian su frente con asombro, otros caian de rodillas pidiendo perdon, otros pegaban su rostro á la tierra, maldiciendo su ferocidad.

En unos el pecado, en otros el arrepentimiento, en otros el asombro, en otros la consternación.

Aquellos pinceles no habian puesto allí fria é inanimada pintura, sino rostros flexibles, nervios y venas que se contraian con todas las fases del sentimiento y el dolor: hasta parecia que por las entreabiertas bocas del asombrado pueblo se veia salir el espíritu para volar tras de su Dios, diciéndole:

«¡Señor, señor, piedad sobre el pueblo maldito!»

La tierna Julia no se habia contentado con ver las escenas sagradas; las habia estudiado, las habia leído mil veces con detención: estos habian sido sus libros. En ellos encontraba su encanto, su recreo. Así es que la piedad y la Religión eran las bases de su alma.

No veia un dolor que no quisiese endulzar, un pobre que no se afanase en socorrer.

¡Cuántas veces dió sus bonitos vestidos á una niña que iba medio desnuda!

¡Cuántas otras sus preciosas botitas de charol fueron á aprisionar el encallecido pie de otra que iba descalza!

Y su tia miraba todo esto con satisfacción, y su natural ternura gozaba tanto, que siempre era recompensada una de estas acciones con mil caricias y frases tiernas.

—¡Da, hija mia, da á los pobres, que este nunca deja en olvido las acciones virtuosas! Y si un pobre no es agradecido, no por eso te pese haberle hecho bien, que la semilla, aunque se tire al aire, siempre

da su fruto; porque viene á caer en los campos de Dios.

Aquella buena mujer, pura y casta á los sesenta años como una pudorosa niña, solo habia nacido para ángel de los desvalidos; así es que, apenas vió huérfana y pobre á Julia, se la llevó consigo y la hizo educar en un colegio, encargando á las madres que la enseñasen los deberes de cristiana antes que las habilidades de sociedad; sobre todo que la hiciesen modesta y recatada, y procurasen que el orgullo no la dominase jamás.

Como todos los dias de fiesta se la llevase consigo, tuvo tiempo de ver que sus encargos estaban cumplidos, pues la niña sabia rezar con perfeccion, y á cada momento, en sus conversaciones, presentaba textos de la *Biblia*, libro bendito y sabio como ninguno, que debian las madres comprar á sus hijos antes que el primer adorno que escite su vanidad; pero por desgracia pocas tienen conocimiento de él, ni menos lo leen y estudian.

(Se continuará.)

MARÍA.

BALADA.

Allí en el seno de esa alameda,

Donde su blanca fragante flor

Abren los tilos que el aura leda

Mueve con grato manso rumor,

— Hay una fuente.—Junto á ella un día

Halló María

Su dulce bien.

Allí el mas tierno de los amores

Ciñó de flores

Su casta sien.

— ¡Ay! esa fuente, con su ventura

Ayer mezclaba grato rumor:

Hoy su corriente, triste murmura,

Pobre María... ¡Murió de amor!...

JAIME MARTÍ MIGUEL.

Sedaña 24 de abril de 1864.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda viene desplegándose mucho mas pronto que las primeras flores de primavera.

Aprovechemos la ocasion y recojamos sus novedades.

Dos modelos de confecciones las imponen: el Lanzun y la chaqueta Dubarry. El primero está todo bordado de pasamanería perlada de azabaches y guarnecido de guipure. Dos cabos descienden sobre la falda que se ensancha por delante.

La chaqueta Dubarry, semi-ajustada y cortísima, describe grandes ondulaciones con volante de encaje repasando estas, y está ricamente adornada en cada costura de pasamanería en relieve con azabaches.

Para el jardin y el campo hay una deliciosa coquetería llamada la *Vuelta de los campos*, en franela rayada de todos colores, con capuchon redondo rizado de un encañonado igual.

Para la orilla del mar está en boga el Brasileño, mas no el Brasileño del Palacio Real, sino un ancho manto en muleton sumamente confortable y muy ligero, describiendo por detras un grueso pliegue rayado al través de galones perlados de azabaches.

Para camino de hierro un paletot parisien en franela.

Y para vestimenta de interior una vesta milady en franela de todos colores muy ancha, bordeada de un piquillo y con bolsillitos.

Los pollos no podrian anhelar otra mas á propósito para levantarse de la cama.

Verdad es que todos nuestros esfuerzos tienden á trasformarnos en hombres. Tenemos el gaban, la gorra, las botas, el baston y la corbata Mirlinton, ¿qué nos falta para poder acercarnos á departir en un club sobre motivos de política, ó á dar nuestro voto en cuestiones locales ó financieras?

Pero ¡bah!... la mujer conserva siempre sus derechos de coquetería, y usa de ellos cuando quiere mantener en su sexo el adjetivo bello; para ello solo necesita velar sus contornos en una espléndida ro-

tonda de encaje de Yak de relieve mate y nacarado.

Ó poner sobre su linda cabeza un sombrerito como la palma de la mano, si tiene el capricho de prenderse á lo alsaciano.

Pero la que desea permanecer elegante adopta los graciosos modelos que vamos á describir como formando parte de la floescencia primaveral que se despliega en favor de los lindos ojos azules ó negros de nuestras lectoras.

El primero es de crespon verde agua, bordado de gotas de rocío en perlas huecas, con penacho blanco superado de un puff de plumitas verde esmeralda.

Otro de paja de arroz y crespon rosa, de fondo flojo con simple nudo de tafetan rosa. En el interior tufe de rosas y reseda.

Otro en trenza de paja cruda con el fondo flojo de tafetan azul, atravesado el borde del ala con bucleillos de paja. Como adorno, ancha mazorca de myosotis con yerbas diamantinas.

Un sombrero de paja Lama, doblado de crespon paja, con cinta bordeada de un fleco de lirios maiz, que descende en el interior sobre conchas de crespon y espigas de paja brillante.

Otro de paja de arroz con echarpe de tul de ilusión y nudo de marabouts.

Decidme si hay un medio para estar fea con semejantes modelos.

Peor para las que compran á precio de oro el ridículo, confeccionándose á manera de muñeca de resortes. Tales son las recopilaciones de *toilette* del tiempo del primer imperio.

Guardaos de ellas.

Porque, sabedlo; volvemos al Directorio y al primer imperio con nuestras cinturas de ocho á diez centímetros de anchura.

Se buscan cuidadosamente los pendientes y los peines que llevaban nuestras madres.

Se revuelven las antigüedades con el objeto de buscar botones de los trajes de nuestros abuelos, ya sean en piedras del Rhin ó en acero cincelado.

Á guisa de botones antiguos, se ponen anchísimos botones en nácar de perla. Esto es lo que forma gran género en el día.

¿Deseais hacer conocimiento con los foulards á la orden del día?

La alta novedad, siguiendo el impulso fantasista, forma lo mas sorprendente, que hace experimentar algo mas que impresion; se diria que son magníficos bordados en relieve ó frescas acuarelas de flores. Qué haríamos para describirlos?

Con una pincelada nos seria dable ejecutar lo que permanecerá incompleto bajo el borde de nuestra pluma. Son hojas de rosas sombreadas y purpuradas, sembradas al azar y arrebatadas por el viento.

Rosas en toda su esplendidez, que reconocería Alfonso Karr, el jardinero de Niza, como procedentes de sus mas bellos rosales.

Troncos de botones de rosas violeta ó azules, rosas fantásticas que solo se hallan en el imperio de las magas, y ramilletes de flores mezcladas.

Todos estos foulards ilustrados no exigen mas adorno en las faldas que cordoncillos de tafetan ó de foulard de color en cada paño.

Hablemos de fruslerías necesarias.

Las nuevas cintas describen por detras dos cabos increíbles. Cuáles son cruzados en las orillas, con tres postillones para cada uno; otros recuerdan los trajes de Mad. Recamier, ó el corselillo de la Mouravief.

Mas allá las cintas repitiendo el colorido de todas las flores que van á abrirse; y luego desde la cinta lisa hasta las cintas écharpe, género Wateau y Pompadour.

Acompáñales la guantería mas artística y completa, comprendiendo los guantes de Sajonia, los de Suecia, los de Turin, los de Paris; el guante Josefina, Recamier, estilo imperio, que se infla como un miton.

Luego las corbatas, las redes invisibles, pajeadas de oro, de acero y de nácar; y las cinturas Imperio y Directorio.

Los velitos proclaman la fantasía y el capricho; embellecen, rejuvenecen é iluminan el rostro. Unos forman moscas, otros pajillas; estos son refulgentes de una lluvia de perlas de azabaches ó de cristal; aquellos de perlas iguales al color del sombrero.

Pero, ¿dónde vamos? Á la magia.

Veamos si los resortes de acero de nuestras enaguas, y principalmente de la denominada *Imperio*, están cimentados.

That is the question.

El caso es que la enagua Imperio ofrece una consistencia relativa, y que el acero, ligero como el resorte de una péndola, se pliega sin quebrarse.

Puesto que es absolutamente necesaria una enagua que ostente el traje en haz ó en cola de pavo real, no hay otra que sea admisible sino la susodicha; para el campo y para las aguas se levanta sobre los lados.

Una linda elegante podrá bravamente escalar una montaña con un par de botas y su baston de *touriste* en la mano, sin preocuparse lo mas mínimo de sus enaguas.

Los pies deformes claman contra semejante inmoralidad, pero los lindos pies encuentran esta enagua sumamente natural.

La estación de estío prepara encantadoras confecciones. Lancrét, en piqué, en nankin, en limon, en muselina y en encaje con falda en conexión. Sin embargo, las de muselina y encaje se llevarán con diferentes faldas de color.

El canesú Imperio vuelve tambien á la moda.

Las mangas, cada vez mas estrechas, son á manera de huso ó de funda; esto depende del modelo del brazo.

¿Y será esto bonito? ¡Cómo se entiende! Es moda, y seríamos muy mal advertidos en denigrarla.

Las flores de la elegancia en lencería se espiden en cuerpos de muselina con entredoses de bordados, y en los sorprendentes pañuelos de Chapron.

Con respecto á los primaverales (porque tambien se renuevan con las estaciones) citaremos el pañuelo Imperio, que tiene cuatro puntas de valenciennes ilustradas de ramos de flores.

El Muscadin con volante encañonado á modo de valona.

El Wateau con cinta de valenciennes, desarrollándose sobre sí misma en nudos ondulados.

El Mirlinton de dos colores, dedicado al artículo de este nombre.

Y el Jockey-Club en batista doble, con ancho jareton á calado y cifras punteadas de encarnado y blanco sobre dos piezas de moneda antigua en algodon encarnado. Todos ellos se poetizan, metamorfoseándolos en flores una ó dos gotas del ramillete del

mundo elegante que despliega todas las brisas de mayo. Se aspira la lila, el lirio, la ojia-canta, la acacia y la primavera que se despierta.

El ramillete de los campos trasporta la imaginacion á plena pradera. ¿Habeis sentido alguna vez suave olor del heno cortado? Los maridos nos van recomendar á todos los diablos al vernos acercarnos nitamente á los lindos oídos de nuestras suscriptoras encomiando el estuche misterioso de M. Delettre pero la culpa no es nuestra, sino del director de la perfumería del mundo elegante, que al presentar el blanco y sonrosado para el rostro, y el medio para sombrear los ojos y las cejas, descubre el gran secreto (y por cierto bien natural) de rejuvenecer y permanecer siempre bella. Si hacemos revivir las plantas y las flores, ¿por qué no hemos de hacer lo mismo con nuestros encantos?

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Falda de popelina color de botas de oro. En el bajo lleva un volantito encañonado de glasé negro, y mas arriba una greca formada por dos rizados de cinta. Cintura suiza de glasé negro y rantes que terminan por dos lazos en los hombros. Camiseta de nansouk á plieguecitos, cuello figurando una cinta rizada, como igualmente los puños. Peinado de bandós, figurando ondas, adorno de guipure y flores amarillas.

Segunda figura. Falda de popelina blanca con listras rosa. Zuava entreancha de glasé azul, bordada en los contornos con felpilla de colores. Peinado de bandós, vueltos hacia arriba, y lazos atras. Adorno de listras. Camiseta de batista con puños y cuello de encaje.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrion, calle del Pez, núm. 6, principal.



Moussé Imp. et St. Louis en l'Île, quai d'Orléans

LES MODES PARISIENNES



S
plie
colu
N
patr

La fie
trac
La
ñan
Flor
señe
figu

S.

La
cristi
Sant
Sa
cristo
pera
Mi
la ba
subli
la me
mira